

EDUCACIÓN CÍVICA Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Por Elena García Guitián
Universidad Autónoma de Madrid

1. Las razones para la preocupación por la educación cívica

Como es posible apreciar en este momento, en España la discusión sobre la necesidad de introducir asignaturas de educación cívica en la escuela es algo controvertido. Y lo ha sido en todos los países en los que se ha planteado el tema.

Porque esto lleva a discutir cuestiones como el tipo de contenidos que tiene que incluir, la forma en la que debe impartirse o si es conveniente hacerlo a través de unas asignaturas diferenciadas, temas todos ellos sobre los que no hay acuerdo. Además, en el caso español, esta discusión se produce en un momento en el que se extiende la percepción de que nos hallamos ante una crisis del modelo de enseñanza, no sólo por los resultados estrictamente académicos que se obtienen comparados con los de otros países de nuestro entorno, sino por otros fenómenos como el supuesto aumento de la violencia en las escuelas, que sería reflejo, para muchos, de una pérdida de valores de las generaciones más jóvenes. A esto hay que añadir los conflictos derivados de la existencia de un profundo desacuerdo sobre la inclusión y la evaluación de la asignatura de religión, de las tensiones entre autonomías y gobierno central en la determinación de los contenidos de muchas de las asignaturas, y de la incorporación de un gran número de estudiantes de origen inmigrante. En este contexto, no resulta fácil lograr un consenso sobre educación cívica y el resultado al que se llegue seguramente tendrá en nuestro país características específicas.

En realidad, la preocupación por la educación cívica es una constante del pensamiento político. La reflexión sobre el tipo de ciudadanos que necesita un sistema político y cómo se produce y debe producir su socialización política está presente en las obras de todos los autores hasta nuestros días. No obstante, en las propuestas democráticas que otorgan un papel más activo a la ciudadanía el tema adquiere un papel relevante. Por eso, los pensadores progresistas han insistido en la importancia de desarrollar una educación que potencie el conocimiento y las motivaciones adecuadas para capacitar a los ciudadanos, estableciendo así una ecuación entre calidad de la democracia, participación política y competencia ciudadana.

Sin embargo, en el contexto internacional, el interés actual por la educación cívica arranca en los años noventa y es producto de diferentes fenómenos que confluyen.

Por un lado, los estudios sobre la participación política de los jóvenes en muchos países democráticos, especialmente en los Estados Unidos y Gran Bretaña, empezaron a mostrar cifras preocupantes. Según señalan los diferentes autores, todos los datos indican que las nuevas generaciones no tienen el mismo compromiso cívico de las anteriores, pues no sólo parecen ser menos proclives a votar, sino que declaran sentir un gran rechazo hacia la política convencional desarrollada a través del asociacionismo tradicional y las instituciones. Y existe cierto consenso a la hora de concluir que aunque hayan aumentado las formas de participación nuevas, como la representada por el voluntariado, el problema es que esas formas no pueden sustituir a la acción colectiva que tiene lugar en las instituciones (Galston, 2004), lo que repercute en el funcionamiento del sistema. Más aún, este tipo de actividad sería intencionadamente anti-política, y se generaliza en un contexto como el de las sociedades contemporáneas, de gran complejidad, en el que resulta aún más necesario que nunca agregar demandas y adoptar decisiones colectivas.

Pero veamos con más detalle los análisis de este fenómeno, entre los que cabe identificar dos tendencias: una, la representada por los que consideran que esta situación viene dada por el propio funcionamiento de la política institucional tradicional, que se aferra a un modelo que está agotado, y hacen suya la tesis de que son precisamente los más jóvenes los primeros que se han dado cuenta de ello y han empezado a sentar las bases del nuevo modelo; otra, la encarnada por los que insisten en que la desvinculación de los jóvenes de la política tradicional es una realidad preocupante que no se puede paliar mediante su sustitución por otro tipo de “política” (que se refleja en el incremento de cifras de voluntariado).

La primera interpretación parte de un discurso en el que se atribuye la culpa del desinterés de los jóvenes al fracaso de unas instituciones que no han sabido evolucionar para adaptarse a las nuevas exigencias y que además son incapaces de tener en cuenta sus necesidades. Es la tesis de autores como Coleman y Rowe (2005), quienes piensan que en realidad lo que están haciendo los jóvenes es, en lugar de alejarse de la democracia, reinventarla. En su opinión, la participación política y cívica se ha centrado hasta ahora en la identificación con determinadas referencias simbólicas como son los partidos, los gobiernos, o las ideologías que ya no tienen sentido en nuestras sociedades. Lo que se ofrece a los más jóvenes en nombre de una ciudadanía activa no es atractivo para ellos, ya que está muy alejado de su experiencia cotidiana y no tiene relación con los ámbitos de poder. Del estudio realizado por estos autores se desprende que la juventud se siente abandonada por el sistema. Conciben el sistema democrático como algo asociado a partidos políticos, gobiernos y medios que no escuchan, pues parten de la asunción de una noción de democracia restringida que presupone que la mayoría de los ciudadanos no tiene nada que decir. Además, como indican Coleman y Rowe (2005), vivimos en una cultura más selectiva en la que los jóvenes son reflexivos acerca de sus identidades como ciudadanos, y más críticos y

consumistas al elegir la manera en la que van a invertir su tiempo. Pero eso no significa que estén menos conectados a la política de lo que lo estaban las generaciones anteriores, porque, de hecho, cuando se involucran en actividades políticas que les interesan: asistencia a manifestaciones, firma de peticiones, actividades de voluntariado, o boicots de productos, suelen ser más activos. A lo que asistimos, entonces, no sería a una generalización de la apatía entre los jóvenes, sino a una reorientación hacia otras formas de participación más “creativas”, y lo que debería hacerse desde las instituciones es ofrecer productos atractivos para conseguir su implicación.

En esta misma línea, Bennet (2005) opina que a las nuevas generaciones les resulta muy difícil adoptar el modelo de ciudadano responsable tradicional, pues tienen tendencia a manifestar un tipo de activismo que se adapta mejor a su manera de relacionarse socialmente. Ese modelo tradicional se centra en la interacción de los ciudadanos con las instituciones, y lo que les exige es que conozcan su funcionamiento; que entiendan los valores básicos que las fundamentan; que estén informados y participen en sus actividades; que se unan a partidos y organizaciones; y, sobre todo, que voten en las elecciones. Este autor insiste en que el papel de la ciudadanía así concebido está en decadencia pues no encaja bien con la nueva mentalidad de los más jóvenes. La juventud entiende la actividad política y el compromiso cívico en términos personales, y evalúa su implicación en función de la manera en la que contribuye a su vida personal, favoreciendo su autoestima y proporcionándole relaciones de amistad. Desde esta perspectiva, el voto pierde su significado, mientras se incrementa la implicación a través del voluntariado y el activismo internacional. Y se prefiere un tipo de participación que tiene lugar a través de redes flexibles de acción colectiva que se basan en relaciones de amistad, entre iguales, y que se mantienen mediante tecnologías interactivas. De forma paralela, la nueva mentalidad hace que disminuya el sentido de obligación hacia los gobiernos y se agudice la desconfianza hacia los medios y los políticos. Por ello la conclusión de Bennet (2005) es que lo que

hay que intentar es favorecer un modelo de ciudadano intermedio, que aproveche las nuevas tendencias pero que no descuide las formas de participación tradicionales.

Mas el escepticismo sobre la posibilidad de orientar las cosas de este modo es lo que precisamente caracteriza a los que adscribimos a la segunda tendencia, quienes realizan un análisis algo distinto del que hemos descrito. Delli Carpini (2000), por ejemplo, considera que para entender las razones del cambio en el comportamiento político de los más jóvenes, a la actitud de unas instituciones muy alejadas de ellos y a su escasez de información hay que añadir una falta de confianza en el compromiso cívico que deriva de un discurso que se extiende progresivamente en la sociedad y que devalúa lo público a favor de lo privado. Para este autor, el incremento del voluntariado refleja que los propios jóvenes no están contentos con la situación, pero el gran problema es que ese tipo de participación no es sustitutivo, pues en realidad refleja una ética anti-política. En esta misma línea, Early (2006) advierte contra la tentación de aceptar esta interpretación que atribuye el cambio a una transformación del propio concepto de ciudadanía y de la forma de concebir la política y entender el activismo, y que permite ampliar un concepto tradicional de lo político que resulta ahora demasiado restrictivo. En su opinión, esa supuesta ampliación de lo que constituye la esfera de la participación en realidad encubriría un proceso de despolitización que tiene lugar en un contexto en el que lo político está desacreditado y el compromiso se deriva hacia instituciones no políticas (basado en los principios de tolerancia y responsabilidad social), y en el desarrollo de una política de mera protesta que se centra en la discusión de los grandes problemas mundiales que están más allá del control de cualquiera.

Sea cual sea la interpretación que nos parezca más acertada, la preocupación actual por la educación cívica no se deriva sólo de las cifras de implicación política de los más jóvenes. Cómo hemos visto al analizar sus

causas, es evidente que nuestras sociedades están experimentando importantes transformaciones que son en parte las culpables de ese cambio en las actitudes políticas de la juventud, y nos obligan a revisar la forma de entender la política tradicional. En las sociedades globalizadas, caracterizadas por el incremento de la pluralidad y la complejidad, se requiere otro tipo de política, y esto justifica la preocupación por fomentar a través de la educación virtudes cívicas como son la tolerancia, el respeto a la diversidad, la capacidad de empatía, y el énfasis en la necesidad de mantener un vínculo de comunalidad partiendo de la diferencia. Pero la aceptación de estas nuevas exigencias nos conduce a reflexionar sobre la forma de lograr la vertebración de sociedades plurales como las nuestras, lo que, como señalan la mayoría de los autores, sólo puede realizarse a través del desarrollo de procesos democráticos que contribuyan a generar cohesión social y legitimidad institucional.

El problema es que, como indica Warren (1996), esto significa exigir aún más de nuestros ciudadanos, pues la política, a diferencia de lo que piensan algunos, no es una actividad atractiva (más bien lo contrario) sino necesaria. La discusión política surge cuando las regulaciones “automáticas” de la interacción social se vuelven conflictivas y deben modificarse, y ello debe realizarse bajo la presión que imponen las necesidades de la decisión y acción colectiva. Al ser las sociedades contemporáneas más plurales y complejas, las relaciones que tienen lugar en ellas tenderán a politizarse con más frecuencia, y cuanto más conflictos existan, más se extenderá la intervención del Estado fuera de sus márgenes, pues esos conflictos se deben abordar y resolver en espacios públicos, mediante procedimientos democráticos. Un mundo pluralizado exige más negociación, y Warren (1996) insiste en que precisamente una de las principales ventajas de las democracias es su capacidad para contribuir a crear nuevos vínculos sociales, al favorecer una presión institucional que impulsa la apertura de procesos deliberativos, y facilitar a la vez el desarrollo de la autonomía individual y el refuerzo de la lealtad institucional.

En este contexto, la cuestión que hay que plantearse entonces es qué tipo de modelo de ciudadano se debe inculcar a través de la educación cívica. ¿Debe recrearse uno que aproveche las tendencias de los más jóvenes? ¿O se trata más bien de desarrollar otro mucho más exigente que fomente las aptitudes deliberativas? Es evidente que dependiendo de los elementos que consideremos más relevantes, nuestra aproximación a la función que debe cumplir la educación cívica variará sustancialmente. Pero esto nos lleva a abordar el siguiente tema, la reflexión sobre cuál es el tipo de educación cívica necesaria para cumplir los objetivos que nos hemos marcado.

2. Modelos de educación cívica

Suele ser algo común en los estudios de ciencia política concluir que, en general, los ciudadanos participan en política sin tener una información muy detallada, utilizando atajos informativos que les permiten adoptar decisiones racionales con poca información. Pero, por otro lado, también se ha constatado que el nivel de educación está ligado a la propensión a votar y, en ese sentido, la cantidad de conocimiento político que se tiene influye en la participación. El problema es que para involucrarse en formas de participación más costosas que el hecho de votar periódicamente, ese conocimiento político no resulta suficiente. Si situamos estas relaciones en un contexto en el que los jóvenes parecen tener poca motivación para implicarse políticamente, la gran cuestión que se plantea es: ¿se necesita entonces una educación específica?

En realidad, no está demostrado el modo a través del cual la educación afecta al conocimiento y a la motivación política. De la mayoría de los estudios realizados parece deducirse que lo determinante para la adquisición de competencia política es el conocimiento general que se tenga, pero también que la instrucción cívica (sea como materia transversal o como asignatura específica) tiene cierto impacto. No obstante, algunos autores (Milner, 2002)

señalan que esa influencia de la educación cívica recibida en la juventud desaparece si no tiene una continuidad a través de la participación o la educación de adultos (lo que requiere que exista una prensa adecuada y TV públicas, que las instituciones proporcionen información, o que se desarrollen procesos de participación ciudadana).

En este trabajo no vamos a abordar la polémica sobre si la educación cívica debe impartirse como una asignatura o una materia transversal. En España no hemos conseguido un acuerdo político sobre ello, ya que el principal partido de la oposición está esgrimiendo la introducción de la asignatura como arma política (quizás también fomentado por el hecho de que se presente como “educación en valores”, más que una educación cívico-política). Pero si observamos lo que ha sucedido en otros países, quizás podamos sacar algunas conclusiones que sean útiles para nuestro debate.

En los Estados Unidos, donde desde hace décadas se imparten cursos y asignaturas específicas de educación cívica, podemos encontrar diversos modelos. A través del análisis de los programas realizado por Westheimer y Khane,(2004), lo que se pone de relieve es que esos modelos se basan en concepciones distintas de lo que supone ser un buen ciudadano y de cómo debe comportarse, y esto no es el resultado de una elección arbitraria, sino que constituye una clara opción política. Porque esas concepciones incorporan visiones de la buena sociedad, y la forma en que se diseñen los programas acabará repercutiendo en la configuración de nuestras sociedades.

Como señalan estos autores, las clasificaciones de los distintos modelos de educación cívica suelen distinguir entre los que incorporan un concepto más tradicional de ciudadanía, basado en contenidos que se centran en la adquisición de información sobre las instituciones y el desarrollo de un determinado carácter personal; los que, en segundo lugar, insisten en el respeto a la pluralidad y en los procedimientos para adoptar decisiones

colectivamente; y los que, en tercer lugar, fomentan una perspectiva crítica que se articula en torno a una idea de justicia. Y esto se refleja en los programas de educación cívica, que contienen diferentes objetivos teóricos y curriculares. Lo que sucede, advierten estos autores, es que esas visiones no tienen por qué ser acumulativas, por lo que los educadores y evaluadores de los programas deberían tener en cuenta estas distinciones y sus implicaciones políticas.

Modelos de ciudadano (Westheimer y Kahne, 2004):

1. Modelo 1. Ciudadano personalmente responsable

Descripción:

Actúa de forma responsable en su comunidad

Trabaja y paga impuestos

Respeto las normas

Recicla, dona sangre

Colabora en labores de voluntariado cuando se le necesita

Ejemplote actuación: Ayuda a servir comidas a gente necesitada

Presuposición: Necesidad de cultivar un “buen carácter”: honesto, responsable y que respeta las normas, para contribuir a resolver los problemas y mejorar la sociedad

2. Modelo 2. Ciudadano participativo

Descripción:

Miembro activo de las organizaciones de su comunidad
Conoce cómo funciona la Administración y sabe cuáles son las estrategias para llevar a cabo acciones colectivas
Contribuye a organizar los esfuerzos de la comunidad para ocuparse de los necesitados, potenciar el desarrollo económico o cuidar el medioambiente

Ejemplo de actuación: Ayuda a organizar un servicio de comidas para los más necesitados

Presuposición: Para resolver los problemas sociales y mejorar la sociedad los ciudadanos deben participar activamente dentro de las estructuras y a través de los procedimientos ya establecidos

3. Ciudadano con sentido de la justicia

Descripción:

Analiza críticamente las estructuras económicas, políticas y sociales para averiguar sus causas
Busca y afronta situaciones de injusticia
Conoce los movimientos sociales y la manera de introducir cambios en el sistema

Ejemplo de actuación: Se pregunta por qué hay hambre y actúa para resolver las causas

Presuposición: Para resolver los problemas y mejorar la sociedad los ciudadanos tienen que cuestionar, debatir y cambiar las estructuras sociales que reproducen y perpetúan patrones de injusticia

Estas observaciones previas nos sirven para enfatizar que el análisis de la repercusión de las nuevas tecnologías en la educación cívica no puede hacerse sin abordar previamente una reflexión normativa sobre el papel que deben desempeñar los ciudadanos en nuestras democracias, los contenidos que debe impulsar es aeducación, y la forma en que debe impartirse.

3. El uso de los jóvenes de las TICs y el compromiso político

Desde ámbitos diversos se ha extendido la idea de que las nuevas tecnologías van a desempeñar un papel fundamental transformador de nuestras democracias, sobre todo haciéndolas más participativas mediante la utilización generalizada de mecanismos de participación directa. Al ser los jóvenes más proclives a usar esas TICs y más expertos en su manejo, además, favorecerían su implicación, resolviendo así el problema de su alejamiento de la política.

No nos es posible abordar aquí la primera de las cuestiones en su totalidad, aunque sí queremos destacar que esta presuposición depende de asunciones normativas controvertidas acerca del significado y de los elementos constitutivos de la democracia (ver García Guitián, 2005), por lo que nos centramos en la segunda, la que se refiere a la relación que existe entre la educación de los jóvenes y las TICs.

Tomando como punto de partida el discurso que da por probado el progresivo distanciamiento de la política de los jóvenes, muchos autores vuelven su mirada a esas TICs pensando que podrán contribuir a solucionar el problema. Pero, ¿cuál es la situación de partida?

Un reciente estudio (Gordo y Megías, 2006) realizado con jóvenes de 12 a 29 años reflejaba que en España el 41,5 % de ellos accede a Internet y el 92.4% usa el móvil. La mayor parte de los que entran en Internet lo hacen

buscando actividades relacionadas con el ocio y las relaciones personales, aunque reconozcan su utilidad para el trabajo y el estudio. Y otro elemento que hay que tener en cuenta es que a pesar de que las TICs se presentan como un instrumento igualador (dado su carácter horizontal), como señala el estudio, en su manejo influye la clase social, el entorno personal (familia, amigos) y el entorno institucional (colegio o universidad adaptados), y tiende a generar nuevas brechas generacionales y educativas (entre los propios jóvenes; entre éstos y sus padres).

Las cifras de utilización de esas TICs en otros contextos son aún más altas, pero el problema es medir hasta qué punto ese uso tiene relación con la participación política. Por eso en algunos países ya se han realizado estudios que han ido más allá, intentando evaluar su repercusión en el nivel de participación política. Uno de ellos es el de Livingstone, Bober y Helsper (2004), basado en una encuesta realizada en Gran Bretaña a jóvenes de entre 9 y 19 años, y centrada en averiguar cómo se relaciona el manejo de Internet con actividades relacionadas con la participación cívico-política. Para ello los autores consideraban que era importante distinguir entre las diferentes actividades que es posible realizar mediante las TICs: comunicación, conexión entre iguales, interactividad, creación de contenidos, y visita de páginas cívicas y políticas.

En este trabajo se confirma que son pocos los jóvenes que buscan noticias especializadas y asesoramiento, porque la mayoría está más interesada en los juegos, el correo electrónico y algunos temas de información general. También se demuestra que cuanto más se usan las TICs con unos objetivos, más sencillo es utilizarlas para otra cosa, y, por ello, que la interactividad y la creatividad se pueden ver impulsadas por la mera experiencia de navegar por Internet.

Esto podría justificar de alguna manera la extendida presuposición de que los jóvenes que utilizan el potencial interactivo de Internet pueden llegar a

participar más, accediendo a páginas de contenido cívico y político. Pero lo que estos datos también reflejan es que lo que verdaderamente determina el acceso a ese tipo de contenidos son características demográficas: edad, género y clase social de los usuarios. La motivación para desarrollar intereses cívicos mediante el uso de las TICs depende de la que ya tenían previamente, y no se ve afectada por el tiempo que se dedica a navegar por Internet ni por la capacidad para usar esas tecnologías. Además existe un problema añadido que viene dado por el hecho de que ese interés, cuando se da, es limitado y no se suele mantener mucho tiempo.

En relación con todo ello, lo que se desprende del estudio es que no todos aprovechan de igual forma las oportunidades. En general, los chicos, los jóvenes de clase media y los adolescentes son más proclives que las niñas, los de clase trabajadora y los más jóvenes a implicarse en actividades en red, a buscar información y a conectarse con iguales, y son los que utilizan las nuevas tecnologías de forma más eficaz. No obstante, son las chicas las que más tienden a visitar páginas de contenido cívico-político. Teniendo esto en cuenta, los autores del informe distinguen tres tipos de jóvenes usuarios de Internet:

1. Interactivos. Son los que más interaccionan cuando entran en las páginas (mandan mensajes, votan y hacen sus propias páginas). El perfil se corresponde con chicos de clase media que tienen más facilidad doméstica para entrar en Internet, y han desarrollado habilidades que les permiten moverse mejor y apreciar la utilidad de la red. No obstante, esa facilidad no les impulsa especialmente a visitar páginas de contenido cívico.

2. Con mentalidad cívica. Estaría representado por chicas, de clase media, que tienden a visitar más páginas de contenido cívico, sobre todo relacionadas con cuestiones de caridad y derechos humanos. Aunque tienen facilidad para usar Internet no utilizan las TICs para muchas más cosas (no bajan música o

chatean), pues tampoco tienen habilidades para ello. Parece demostrarse que tenían un interés previo en informarse sobre cuestiones cívico-políticas y que Internet les ayuda, pero no que el desarrollo de nuevas oportunidades de interacción les interese mucho.

3. No comprometidos. Son los menos activos en todo y se identifican con los más jóvenes y los de estatus social más bajo. Tienen más problemas de acceso a las TICs y menos habilidades, y no usan mucho Internet. Cuando lo hacen, buscan información y música, y no han descubierto su potencial para involucrarse en diferentes formas de participación.

La conclusión que más nos interesa destacar de este informe es que los jóvenes que tienen un interés político o cívico previo encuentran en Internet un recurso útil para perseguir esos intereses. Sin embargo, ello no contribuye necesariamente a aumentar su interés o su compromiso, porque la interacción y la visita se traducen en una mayor participación. Más aún, puede darse una gran interacción que no tenga nada que ver con páginas cívicas y a la inversa. Por eso los autores del trabajo insisten en que los quieren involucrar a los jóvenes en temas cívico-políticos tendrán que desarrollar estrategias diferentes para cada perfil. Los niños y los jóvenes no son apáticos, y utilizan Internet aunque la mayoría de las veces no lo encuentren muy atractivo. Y para incrementar el interés por las cuestiones cívico-políticas haría falta que los que producen páginas con esos contenidos ofrecieran algo a los que las visitan que vaya más allá de la mera información. En este sentido, sería deseable, por ejemplo, que se establecieran conexiones entre las páginas más populares y de entretenimiento y las de carácter cívico-político; que se creara en ellas un ambiente más interactivo (con respuestas); que fueran más atractivas en apariencia y contenidos; que se promovieran estas actuaciones en el colegio, sobre todo desarrollando actividades más creativas; y que se llevaran a cabo acciones especiales para los más desaventajados.

En otro trabajo, Coleman, S. y Rowe, Ch. (2005), entrevistaron a jóvenes entre 13 y 18 años para ver cómo usaban Internet para obtener información, expresarse y ejercer poder. Su análisis confirma que la mayoría de los jóvenes se sienten más atraídos por los foros de discusión y las redes, y los sitios interactivos (pues les gusta que se les escuche) que por la búsqueda de información. Muchas veces es precisamente en esos foros donde se informan acerca de qué páginas son interesantes y fiables, y aunque tienden a confiar en fuentes que tienen una reputación consolidada y que se intentan adaptar a sus gustos, cuando se trata de establecer una comunicación más profunda e interactiva prefieren las que tienen contenidos creados específicamente para ellos.

En este trabajo se enfatiza que las TICs sólo pueden aumentar la participación si se usan para atraer y dar poder a los jóvenes, porque de las entrevistas se deduce que la reflexión sobre el poder sí está inserta en su cultura. Por ello debería hacerse lo posible para favorecer que participen en procesos democráticos y en las prácticas cotidianas. El problema es que los jóvenes necesitan más apoyo para encontrar información cívica y política, y, en opinión de estos autores, las instituciones no hacen nada para involucrarlos activamente, no les proporciona ningún poder. No obstante, su conclusión es que Internet podría contribuir a facilitar esa implicación, porque es un espacio único para desarrollar nuevas formas de participación que además serían más atractivas para los jóvenes. Genera un espacio experimental en el que los elementos de la ciudadanía contemporánea se reordenan y redefinen, acabando con presuposiciones esencialistas sobre su naturaleza y sobre las políticas, y, además, refuerza su carácter comunicativo. De esta forma facilita el acceso a las necesidades y sentimientos de los jóvenes en lugar de reflejar estructuras predeterminadas.

Parece, entonces, que la accesibilidad, calidad y credibilidad de las fuentes de información cívica y política pueden influir de forma importante en el

modo en que los jóvenes van a convertirse en ciudadanos activos. Y que para llegar a ellos se deben utilizar los medios que ya usan, revisando tanto su atractivo estético como la interactividad “online”, creando páginas específicas.

No obstante, otras voces (Selwin, 2002) insisten en que antes de ofrecer propuestas, para evaluar convenientemente el impacto de las TICs resulta fundamental distinguir entre las diversas funciones que se atribuyen a la educación cívica y que pueden contribuir a mejorar la formación ciudadana: la adquisición de un conocimiento de los fenómenos políticos; la capacidad de interpretación y de acción política; y la motivación y predisposición para participar.

En relación con la primera de ellas, parece confirmado que Internet puede proporcionar más información de fuentes diversas, aunque con poca interactividad. Las páginas de Internet y las bases de datos ofrecen fácil acceso a información, opiniones y perspectivas de todo el mundo. Lo que no está claro (Selwin, 2002) es en qué medida ese acceso tiene un impacto en la educación cívica.

Pero aún resulta más complicado evaluar su repercusión en relación con las otras dos funciones. Los estudios realizados indican que para desarrollar la capacidad de interacción y acción política es necesario que las actividades que se lleven a cabo estén coordinadas por expertos y se diseñen para alcanzar metas específicas. Porque, como señala Selwin (2002), la utilidad de las TICs para desarrollar habilidades y capacidades de comunicación e investigación, utilizando por ejemplo las simulaciones de situaciones sociales o los debates en red, o para crear contenidos, sólo funcionan si van acompañadas de contenidos dirigidos por el profesor. Además, incluso cuando eso es así, no está demostrado empíricamente que tenga repercusión en su educación cívica.

Tampoco es fácil medir hasta qué punto se puede fomentar a través del uso de esas tecnologías la motivación y la predisposición a participar. En

relación con esto último, son muchos los autores que expresan dudas. Como señala Delli Carpini (2000), en los Estados Unidos el 70% de los jóvenes usa Internet como fuente de información política, y, por tanto, es un medio que puede proporcionar un mayor acceso de los jóvenes y más oportunidades para los comprometidos. Pero lo que no está claro es si motivará a los desinteresados, porque vivimos en una sociedad caracterizada por la fragmentación, el consumismo, el entretenimiento, la sobrecarga informativa y la devaluación de otras formas de participación.

Lupia y Philpot (2005) introducen también un poco de escepticismo. El interés político se define como la tendencia a prestar atención a los fenómenos políticos a expensas de otros temas, y se presume que los interesados en política serán más activos y estarán más informados, todo lo cual beneficiará a la sociedad. El problema es que aunque los más jóvenes son los más proclives a utilizar Internet, son los que menos tienden a comprometerse políticamente, por lo que la mera existencia de oportunidades para adquirir información política no es suficiente para interesarlos activamente.

Internet no es algo monolítico, permite acceder a distintos contenidos que atraen a gente diversa. Por eso estos autores opinan que la clave para fomentar ese compromiso es el diseño de páginas suficientemente atractivas (teniendo en cuenta que los jóvenes evalúan de forma distinta lo que eso significa) que proporcionen información interesante de forma efectiva y eficiente (que llamen su atención y les obliguen a reflexionar sobre aspectos de la política de una forma nueva). Y la estrategia a seguir puede que no tenga que ser convencional. Desde su punto de vista, los cambios en el contenido, presentación y diseño deberían extenderse a todos los medios, pues el interés por la política depende de la atracción de la oferta, de la exposición del receptor, de la percepción de su utilidad como fuente de información efectiva y eficiente, y de su potencial transformador de creencias. En relación con ello, Internet proporciona una buena oportunidad, porque muchos jóvenes pasan mucho tiempo conectados, pero cambiar algunas páginas no resulta suficiente.

En esta misma línea, Selwin (2002) concluye que la e-ciudadanía no puede considerarse algo que la gente joven desarrolle de forma natural mediante la interacción con las tecnologías digitales, pues la mera exposición a la información a través de los medios no genera más conocimiento, no impulsa la adquisición de habilidades, y no incrementa la educación cívica. Como mucho, lo que hacen las TICs es jugar un papel de apoyo para impulsar dicha educación cívica, convenientemente utilizadas.

Y si nos tomamos en serio la conclusión de que además, la educación cívica debe ser un proceso continuado que no acaba en la juventud, deberemos también plantearnos de qué manera las TICs, en general, pueden contribuir a mejorar la calidad de la ciudadanía. Para ello es necesario diferenciar distintos ámbitos y tipos de interacciones:

- A) Desde la perspectiva de las instituciones y las elites políticas, las TICs ofrecen más oportunidades de difundir información y facilitan la comunicación con las audiencias. Para ello, como señala Clift, S. (2004), desde las instituciones se deben adoptar e incorporar estrategias y tecnologías adecuadas para impulsar la participación (necesaria para hacer receptivos a los gobiernos y hacer frente a los nuevos desafíos), sobre todo enfatizando los procesos deliberativos, pero también teniendo en cuenta los distintos objetivos democráticos que tienen que ver con el incremento de la confianza y la rendición de cuentas; el refuerzo de la legitimidad democrática; la mejora de la prestación de servicios; la garantía del acceso igualitario a las instituciones; la representación efectiva; la participación ciudadana en la toma de decisiones, y el compromiso público.

- B) Respecto a los ciudadanos comprometidos e interesados, las TICs parecen facilitar su compromiso. Como se refleja en algunos estudios (Gibson, 2003), su principal impacto es contribuir a mantener a la gente

involucrada y, de forma limitada, conseguir que se incorporen nuevas personas. Los miembros de organizaciones que utilizan TICS en general tienen una visión positiva de su uso político y están interesados en desarrollar formas de comunicación más interactivas con su organización. Sin embargo, es interesante señalar que muchos de esos miembros favorecen una forma de interactividad más individualizada, de carácter vertical (basada en el contacto organización miembro) que horizontal (entre los miembros), o formas de interactividad colectiva “online”. Es posible por ello, advierten estos autores, que el incremento del uso de las TICs en las principales organizaciones políticas acelere algunas de las tendencias preexistentes como la individualización de la participación y las formas más directas de comunicación entre los líderes de las organizaciones y los miembros individuales, en lugar de fomentar foros colectivos de democracia interna.

C) En relación con los que no están ni interesados ni comprometidos, no parece probable que Internet cambie su actitud. No obstante, el trabajo coordinado por Gibson(2003) muestra que aunque el ámbito de las TICs está colonizado por los que ya son activos dentro y fuera de las organizaciones, está consiguiendo atraer a gente nueva que no se hubiera involucrado de otro modo

De todos estos análisis se desprende que las TICs están transformando nuestras democracias, pero que por sí mismas no contribuyen a mejorar su calidad. La evaluación de su impacto depende de la visión normativa previa de la que partamos, y lo que habrá de determinar es cuáles de los cambios que introduce son los que interesa fomentar y cuáles contrarrestar.

Zaragoza, 26 de enero de 2007

BIBLIOGRAFÍA:

- Bennet, W.L. (2003): “Civic Learning in Changing Democracies: Challenges for Citizenship and Civic Education”, Center for Communication and Civic Engagement, www.depts.washington.edu/ccce/assets/documents/bennet_civic_learning_in_changing_democracies.pdf
- Delli Carpini, M. (2000): “Gen.com: Youth, Civic Engagement, and the New Information Environment”, <http://depts.washington.edu/ccce/events/carpini.htm>
- Clift, S. (2004): “E-Government and Democracy. Representation and Citizen Engagement in the Information-Age”, www.publicus.net/e-government
- Coleman, S. Y Rowe, Ch. (2005) : “Remixing Citizenship: Democracy and Young People’s Use of the Internet”, Research Report, Carnegie YPI
- Early, W. (2006): “Pretending that youth apathy doesn’t existe”, www.spiked-online.com/index.php?/site/article/169
- García Guitán, E. (2005): “La democracia electrónica. Un análisis desde la teoría política”, paper presentado en el VII Congreso español de Ciencia Política y de la Administración, [www.aecpa.es/congreso_07/archivos/area1/GT-03/GARCIA-GUITIAN-Elena\(UAM\).pdf](http://www.aecpa.es/congreso_07/archivos/area1/GT-03/GARCIA-GUITIAN-Elena(UAM).pdf)
- Gibson, R. (2003): “Participation, Political Organisations and the Impact of Internet”, <http://www.esrcsocietytoday.ac.uk/ESRCInfoCentre>

- Gordo, A. y Megías, I. (2006): “Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva”; FAD, INJUVE y Obra Social de Caja Madrid.
- Livingstone, S., Bober, M. And Helsper, E. (2004): “Active participation or just more information? Young people’s take up of opportunities to act and interact on the Internet”, Research Report from the Children Go Online Project, www.children-go-online.net
- Lupia, A. y Philpot, T.S. (2005): “Views from Inside the Net: How Websites Affect Young Adults’s Political Interest”, en *The Journal of Politics*, vol.67, n.4, noviembre, 2005, pp.1122-1142.
- Milner, H. (2002): *Civic Literacy. How Informed Citizens Make Democracy Work* (Tufts University Press: New England)
- Selwin, N. (2002): “ Literature Review in Citizenship, Technology and Learning”, Futurelab Report n.3., <http://www.futurelab.org.uk/research/reviews/cit01.htm>
- Westheimer, J. and Kahne, J. (2004): “What Kind of Citizen? The Politics of Educating for Democracy”, *American Educational Research Journal*, vol.41, n.2, summer, pp. 237-269
- Warren, M. (1996): “What Should We Expect From More Democracy? Radically Democratic Responses to Politics”, *Political Theory*, 24, n.2, may 1996, pp. 241-270.